

Jorge de Cominges. *Tul ilusión*. Barcelona, Anagrama, 1993, 210 pp.

Las novelas sobre la decadencia de la burguesía catalana en la modernidad, al menos desde finales del siglo xix (Narcís Oller), tienden a poseer un rosario de rasgos comunes. Enumeremos algunos de ellos: una marcada tendencia a narrar anécdotas domésticas de familias emblemáticas de las dinastías industriales, señalar los cambios históricos que puntean la dialéctica hegeliana del «Zeitgeist» de la época, proporcionar una «lección moral» a las generaciones venideras y limitarse a las secciones del país (Barcelona) y barrios de la ciudad (Sarrià, La Bonanova, L'Eixemple, La Diagonal, Sant Gervasi, etc.) en donde se forja y desarrolla el drama de esta clase social. En general, son novelas de espíritu crepuscular, de fin de época, con cierto tono nostálgico de tiempos mejores que denotan una marcada autoconciencia de fracaso a nivel de clase social que es manifestado a través de personajes que se sienten estériles en el presente narrativo.

En la contemporaneidad el fracaso histórico de la burguesía catalana cuenta con un nuevo hito. Nos estamos refiriendo a la obra de Jorge Cominges, *Tul ilusión*, cuyo título metafórico alude a los rasgos arriba señalados. Tul, según María Moliner, es «un tejido reticulado formado por hilos que se enlazan diagonalmente cada uno con el de al lado, como en el encaje» y la novela en cuestión pretende darnos las filigranas (el folletín de aventuras domésticas) que hacen los hilos de este tejido que como Moliner explica: «forman agujeros».

La «ilusión» correspondería al lamento, metáfora de un mundo mítico utilizado como una cortina de humo por una clase social en vías de desintegración moral y económica (deshilando en términos metafóricos) a lo largo y ancho de la segunda mitad del siglo xx. Por ello, el personaje principal de la novela, Odila, se aferra imaginariamente a la geométrica y a la autoficiente escala de valores de la época de oro de la alta burguesía barcelonesa en la segunda mitad del siglo xx: los años de la dictadura de Franco.

La segunda restauración democrática con su darwinismo económico ha empobrecido a la familia de Odila quien —quizás recordando el catalejo del Magistral en *La Regenta*— ha tomado por costumbre observar, por las noches, los comparativos de los vecinos del interior de la manzana en que ella vive: «Provista de unos potentes prismáticos, pasaba largas horas atenta a las actividades de toda suerte de individuos» (36). En este sentido, el relato no

tiene nada de proustiano (a contrapelo de lo escrito por Joan Culla, en *Avui*), a no ser que se quiera ver en esta novela una recreación del pasado en forma de video.

*Tul ilusió* no comparte en absoluto la angustia de Swann por un pasado esplendoroso y mítico. Es más bien la historia de una familia venida a menos cuya abuela —Carmen— intenta transmitir sus prejuicios materiales, raciales y económicos (nada de la metafísica proustiana, la crítica cultural y mordaz de un Thomas Mann o la nostalgia profunda del *Bearn* de Villalonga, estamos en pleno posmodernismo) a sus hijos con resultados variados. El desprecio de Odila por el presente es «voyerístico»: los ritos puramente materiales, el sexo, las bodas y bautizos con sus consabidas apariencias de «gente bien» y sobre todo la recuperación de su «status» social a través de una componenda matrimonial con Mateo de la Fuente para mantener la vieja cortina de humo, aunque puesta al día. ¡Ay! pero nuestro príncipe azul barcelonés, el de la fiebre de oro olímpica, le muestra literalmente a Odila la nueva realidad: «con la nueva “skyline” de la Villa Olímpica y sus dispersas manchas de luz, como una Babilonia rediviva» (203), y poco más tarde, confirmando la ética babilónica, la pobre Odila observa a través de sus «potentes prismáticos» como en una orgía entre homosexuales aparece el rostro de su, ahora transformada, princesa azul. Mateo de la Fuente está participando en la bacanal. En la medida que representa a una clase, a Odila le han dado gato por liebre. En realidad nunca quiso recobrar el pasado —como en Proust— sino lo que realmente quería era conquistar la simple materialidad del presente (novela eminentemente posmodernista), y por tanto: «En un arrebato incontrolado, lanzó los prismáticos a través de la habitación» (209).

En este sentido, el narrador de la novela de Cominges, desde su epigráfico principio es consistente y nunca pretende caer en la trampa de sus personajes o en las que también han caído sus críticos. La narración es decididamente de tono irónico. Así [clara referencia al Santo], hermano de Odila y Jenara resulta ser un homosexual que realmente añora la vieja y corrupta Barcelona burguesa; en un paseo por el «renovado» Barrio Chino se lamenta de que este antro de vicio tenga ahora la imagen de «un campus [universitario] norteamericano» (198), y por si fuera poco nos relata que de la vieja corrupción todavía quedan algunos monumentos en el Paralelo: «donde tres chimeneas [de la antigua central térmica]

permanecerán erguidas quizás como signo de la inhiesta virilidad de los barceloneses» (198). Imagen que puede interpretarse como referencia satírica a la Santísima Trinidad.

En esta «ciudad de los milagros» se cumple la ley de que las formas cambian pero las ausencias quedan; todo se trata de restaurar lo mismo, valga la paradoja. Jenara es la única, de los tres hermanos, que intenta una ruptura absoluta con el metafísico tejido de tul, pero de la obsesión por los viejos rituales de la burguesía pasa a simplemente estar obsesionada por los del momento presente. Así, le aconseja a su timorata hermana: «Pero hazme caso, un buen polvo de vez en cuando te hace ver las cosas diferentes. Y te relaja cantidad» (111).

Como apuntábamos al principio, los rasgos fundamentales de este género novelesco eminentemente barcelonés (en catalán y en castellano) se hallan presentes en la novela reseñada. Lo cual tiende a producir personajes acartonados —en la medida que son emblemáticos de la vida real— y una trama folletinesca, ya que la burguesía catalana no da para más. Esto no quiere decir que el material vivo deba de determinar la obra artística. El problema radica en que Cominges no es un novelista de la talla de Thomas Mann o de, incluso, Mendoza.

Sin embargo, la narración tiene la originalidad de poner patas arriba todas las veleidades intelectuales de la burguesía catalana contemporánea. Vale la pena reproducir el fragmento del poemapigráfico de Gil de Biedma para mostrar lo que la novela se propone y ejecuta con cierto éxito:

Todo fue una ilusión, envejecida  
como la maquinaria de sus fábricas,  
o como la casa en Sitges, o en Caldetas,  
heredada también por el hijo mayor.

No creemos que el momento histórico y anímico en que se encuentra la burguesía catalana sea muy diferente de la crónica irónicamente desoladora que presenta esta novela. El problema de la ñoñez del material novelístico lo resuelve Cominges con una prosa ágil, estilo sutilmente irónico y técnicas de suspenso extraídas de la telenovela y la narración policíaca, haciendo la lectura sufrible y hasta —ocasionalmente— amena.

University of Arizona

JOAN GILABERT